

Yo creo que nos separaban porque los doctores y las monjitas tenían miedo

Ernesto Pereira

YO SOY ERNESTO PEREIRA, nacido en la Provincia de El Oro. Tengo 77 años y no tengo hijos. Toda mi familia ya murió. Todos mis hermanos eran mayores que yo. Soy el único de los varones que sobrevive. Tengo una hermana que vive en la provincia de Los Ríos, en Quevedo. Hace unos dos meses estuvo aquí, pero está viejita y algo enfermita. Ella tiene 80 años. Ella sí tiene hijos y familia. El marido murió hace unos seis meses. También tengo una sobrina aquí, una paciente que es hija de un hermano mío, pero él murió también. Aquí, en el hospital, nos ayudan con la comidita y la posada. A veces, nos dan los remedios que nos hacen falta. Vivimos con el apoyo del hospital. En ocasiones nos toca comprar algunas medicinas que no hay aquí. En ese caso, tenemos un subsidio que nos sirve para comprar alguna cosita que nos falta. Tengo 40 años de vida en el hospital. Vine aproximadamente a los 37. Yo ya sabía que existía el hospital porque tres de mis hermanos incluyendo la que vive ahora en Quevedo estuvieron aquí. Un hermano que se llamaba Carlos Pereira también vivió aquí. Vino de muy niño y se quedó hospitalizado. Luego se casó con una compañera, una paciente. Así me enteré del hospital y por eso vine. Mi hermano era el esposo de la señora Hermila Molina, la que vive del otro lado. Tuvieron una hija que se llama Nancy Pereira, es mi sobrina. Mi hermano tenía Hansen, pero murió. La Nancita se

118 casó y tiene cuatro hijos. En mi familia cuatro personas han tenido Hansen, incluyéndome. Y todos tuvimos que estar aquí.

A mis hermanos los trajo la sanidad. Y es que en ese tiempo andaban a la caza de quienes tuvieran esta enfermedad. Entonces, la sanidad nos pescaba y nos obligaba a entrar al hospital. A mí me dijeron: “Ahí hay un hospital, váyase para allá porque su enfermedad es un poquito peligrosa”. Mis hermanos fallecieron. Carlos murió de 36 años, todavía joven. Mi hermano Luis también murió hace unos 30 años. Mi hermana también estuvo internada aquí pero ya salió.

Antes de venir aquí, yo era agricultor, sembraba café, maíz, arroz y vivíamos tranquilos en familia. Pero la enfermedad comenzó a aparecer poco a poco. Me la detectaron porque la piel no estaba normal y perdí sensibilidad en algunas partes del cuerpo. Unos tíos que estaban también enfermos nos contaban cómo era la enfermedad. Fue entonces que yo pensé que también podía tenerla. Tenía 18 años cuando me la diagnosticaron. Siempre estaba como aletargado, cansado, y por eso no me ofendía mucho cuando me decían que estaba enfermo. Me daban diferentes tratamientos, hasta que ya me dijeron que era lepra y me enviaron aquí. Las condiciones mejoraron cuando empecé a tomar el tratamiento correcto. Hasta mi mamá me decía: “Usted ya estaba destinado a nacer enfermo, porque los tíos han sido enfermitos, y yo creo que usted ya llevaba la misma enfermedad”. Entonces hubo una campaña en la que nos daban medicinas. Me compuse bastante con esa medicina, antes de venir aquí. Antes, se tomaban medicinas que decían que eran para la lepra, pero sin saber.

Cuando me dijeron que viniera al hospital, mi mamá ya había muerto y con los hermanos nos vinimos al hospital. Vendimos la finca, pero antes estuvimos tres meses con mi hermana en El Oro. Queríamos comprar una finca allá, pero no se pudo. Entonces mi hermano dijo: “Vámonos de aquí, a acabar nuestra vida allá, en el hospital”. Pero el doctor no quería que ingresara porque decía que estaba en condiciones buenas, que me regresara. Al final sí me ingresó. Yo le decía que me dejara estar con mis hermanos. Ya no tenía nada, ¿cómo iba a regresarme solo y sin nada?

Cuando llegué al hospital, vivían allí creo que 60 personas, entre hombres y mujeres. Todavía existía un pabellón de mujeres y otro de hombres. Yo creo que nos separaban porque los doctores y las monjitas tenían miedo

de que tuviéramos hijos y que nacieran enfermos. Entonces, lo arreglaron así para que vivieran las mujeres allá y los hombres acá.

Después hubo un convenio, un acuerdo, porque dijeron que ya debíamos vivir juntos. Creo que los sacerdotes que vinieron promovieron eso. Me acuerdo de un padre Raúl, por ejemplo. Decía que le habían pedido permiso al Santo Papa de aquel entonces para que se pudieran casar entre enfermos, y lo permitió. Hasta entonces, las parejas se conocían en las fiestas, en reuniones y todo era a través de notas y cartas. En mi tiempo, la gente se escribía y se enamoraba. Ya cuando se avanzaba con eso, el hombre pedía permiso para irse a la tierra, y la mujer también, y cuando volvían ya estaban casados y hasta con hijos. Yo, en cambio, aquí dentro, no conocí a nadie.

Cuando llegué, esto era grande. Había una puertita que servía para pasar al otro lado. El hospital no era como está ahora, sino que vinieron unas personas alemanas que ayudaron a construir las casas que se ven allá dentro del hospital. Eran para las familias, para que vivieran con los hijos. Yo vivía en los pabellones de arriba. Los pabellones eran igualitos a como están ahora.

Cuando llegué, no conocía nada de la historia de este hospital. Sé que antes estaba en otro lado y que luego lo ubicaron aquí. Parece que un señor había regalado esto que era una hacienda, y se armó el hospital. Creo que lo crearon para las personas que sufrían de lepra, a la que ahora le dicen enfermedad de Hansen. Cuando llegué estaba el doctor Jorge Garzón de director. En ese tiempo se vivía aquí bien. A veces el doctor hacía fiestas, sobre todo en agosto, y nos reuníamos para bailar y la pasábamos bien. Los servicios que había eran sólo para los pacientes, era nuestra casa y nuestro hospital a la vez. Aún no había la consulta externa, en ese tiempo sólo estábamos los pacientes. Había una casita que daba al río donde se hacía consulta externa, allí llegaban las personas a hacerse exámenes y de allí los mandaban acá. Las enfermeras ahora vienen a vernos, como Ernestita, que viene a tomarme la presión. Ella dice que es bueno que demos nuestro testimonio para que así quede nuestra historia escrita y la gente la conozca.

Aquí trabajábamos en unos pedacitos de terreno. A mí me dijeron que hiciera de peluquero para que les cortara el cabello y los rasurara a los compañeros. Hasta ahora, hago de su peluquero. La peluquería está en el tercer pabellón. Prácticamente desde que vine aquí trabajé nada más en eso. También había un señor que hacía las compras, porque la gente no podía salir a

120 la calle. Entonces alguien tenía que hacer la tienda; eso también lo hice yo un tiempo, unos diez años. Fue después que el señor Manuel Aguilar puso la tiendita que hay ahora. Mi primo que se llama Bolívar Salcedo, él también había sido peluquero. Él también vivió aquí, se casó con una paciente y tuvo hijos. Ellos se educaron y ya son licenciados. Él es mi paisano, de allá, de El Oro. Cuando llegué, él ya estaba aquí, desde mucho antes. Por eso, por lo menos no estuve solo. Había familia.

Muchas personas han muerto desde que estoy aquí. No conozco el número exacto, pero se han muerto o se han ido bastantes. De las personas que se han ido de aquí, ya no sé nada, no las he vuelto a ver. Uno pierde la comunicación y la continuidad de la amistad. Se sabe que están vivos, aunque algunos ya deben de estar muertos, porque si son de mi edad, ya puede ser que no estén o que no estén bien. Como ya se ha tenido familiaridad con varios de los compañeros, incluso han sido familiares cercanos, se ha hecho una amistad, hay cariño y cuando se van siempre es penoso. Uno siente dolor porque poco a poco los compañeros dejan de estar con nosotros.

Antes de venir al hospital sí pensaba que el dolor de la enfermedad iba a parar, aunque tal vez fuera a sufrir. Tenía la esperanza de casarme y tener familia. Tenía amigas, pero como ya estaba un poquito enfermo, sabían que iba a sufrir y a hacer sufrir, entonces me detenía y no avanzaba en la amistad. Antes de venir al Gonzalo González, tenía bastantes amigas, pero tenía pocas novias. Como unas tres enamoradas tuve. Por ahí, en algún momento, sí le pregunté a una si me aceptaba, y dijo que bueno. Pero no me decidí por motivo de mi enfermedad. Éramos vecinos, así nos conocimos. Se llamaba Amanda Ramírez. Otra se llamaba Celia Ramírez, pero no eran hermanas. Amanda vivía a unas tres cuadras de donde vivíamos nosotros. Cuando fuimos novios, nos visitábamos y me invitaban a la casa de ella también. Iba casi todos los días, y ella se la pasaba conversando sobre sus cosas. Yo también la visitaba o íbamos a pasear casi todos los días, salíamos con mi familia. Para entonces, yo ya tenía Hansen, pero creo que ella no lo sabía. Al menos yo nunca le comenté. Éramos enamorados, pero no se concretó nada, pues ya con la enfermedad aparecieron problemas de salud.

Entonces nunca me casé. Tenía mucho temor a que me dejaran botado por mi enfermedad. Tampoco tuve hijos. Es que nunca llegué a tener una pareja propiamente dicha. La última que tuve duró como un año. Ella sí me

decía: “casémonos”. Yo le decía, “bueno, ya”, pero me echaba para atrás. Es que ya con el Hansen era difícil que yo pensara en casarme. Y además, como cuando llegué estaba prohibido tener pareja, entonces no había la esperanza de que eso cambiara. Ya después, cuando se hicieron las villas aquí dentro para que vivieran los pacientes con las familias, la gente comenzó a casarse. Aquí se casó la Mariana, por ejemplo, y un doctor fue el padrino. Todos asistimos.

Yo nunca me interesé en ninguna de las compañeras del hospital, nunca envié cartas ni nada de eso. ¿Para qué? Si no se podía ni tener hijos. Al principio, sólo se casaban. Cuando los matrimonios tenían hijos, se los quitaba la trabajadora social. Se los llevaban a una casa, a un orfanato debe de haber sido. Por ahí algunos se murieron, eso decían. Ya mucho después de tanto solicitar, les dejaron a los padres conservar a sus hijos. Sí era triste que nos trataran así. No se podía vivir en pareja, no había libertad para soñar con tener una familia, una esposa y menos unos hijos. Sí había restricciones a la vida íntima. No era tanto que el Hansen nos impidiera tener una vida íntima con libertad, sino las restricciones que nos ponían. Pero nunca se supo de actos violentos por parte de los compañeros, eso no.

Lo único que ahora deseo es vivir tranquilo lo que me queda de vida. No tengo en realidad ningún anhelo específico. Claro que sí deseo que se mantenga el hospital. Es necesario para que la gente que aún está, siga viviendo y para que otros tengan un hogar. Se debe cuidar de los pacientes que viven aquí y que ya no tienen un buen estado de salud. Quisiera que el gobierno leyera la historia del hospital y de las personas que hemos vivido aquí para que esto se conserve, para que no lo destruyan. También habrá que pedir que se divulgue la historia del hospital y que salga a la luz para que la sociedad sepa lo que hemos vivido y que se conozca más acerca de la vida de las personas con Hansen.